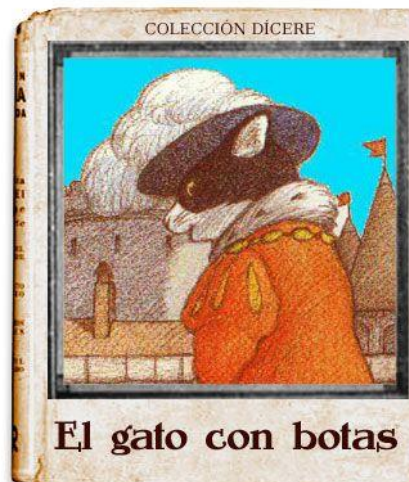


Un pobre molinero dejó, como única herencia a sus tres hijos, su molino, su burro y su gato. Como al menor le tocó el gato, éste se lamentaba de su mísera herencia y pensaba en voz alta qué otra cosa podría hacer con él sino comérselo. El gato, que escuchaba estas palabras, le dijo que no se afligiera y le pidió unas botas y una bolsa. Con ellas se dirigió a un campo y empezó a cazar perdices. Muy ufano con sus presas, fue donde el rey y le obsequió con ellas de parte de su amo, al que bautizó como el *Marqués de Carabás*. "Dile a tu amo", respondió el rey, "que le



doy las gracias y que me agrada mucho". Otro día se acercó al castillo de un ogro muy rico del vecindario.

-Me han asegurado -dijo el gato- que vos tenéis el don de trasformaros en cualquier animal, por ejemplo, en ratón.

-Es cierto -respondió el ogro- y así lo hizo.

Le faltó tiempo al gato para zampárselo e invitar al Rey al castillo. El rey quiso que el marqués se convirtiera en su yerno, cosa que aceptó haciendo grandes reverencias. El gato se convirtió en gran señor y ya no corrió tras las ratas sino para divertirse.

¿Existen los límites?

El gato era sin duda un tipo listo. En nuestro imaginario cultural, se asociaría al "**pícaro**", un personaje que contraviene la ortodoxia con cierto ingenio y malicia, buscando triunfar. La estrategia del gato se revela como extraordinariamente efectiva. Pero... estamos ante una situación controvertida: el gato gana la partida utilizando ardidés que "no valían" ("Ah, ¿no valían?", diría probablemente el gato si recibiera la newsletter).

Decimos que se produce una **controversia** porque el límite de lo permitido y lo no permitido se percibe de manera diferente por las personas. A menudo es una cuestión de grado, otras veces es una cuestión de "sí o no". Si dos personas (o dos empresas) están disputando un asunto y se rigen por normas diferentes, la parte que disponga de más y más ventajosas opciones está en una situación privilegiada. Si la diferencia de límites es grande, puede ser incluso una situación de abuso.

No nos referimos a la ley (que es para todos), sino a la moral (que es de cada uno) y a nuestras creencias. La moral nos enmarca y nos pone límites. Si asumimos un límite es entonces cuando existe. Este es el punto crucial: el límite es asumido y entonces condiciona nuestras decisiones y acciones. ¿Es bueno tener límites? En nuestra opinión es **inevitable**, puesto que somos animales morales, hasta los ladrones tienen códigos y límites, los precisamos para socializar y llegar a compromisos.

Lo que es quizás un error es asumir el límite sin cuestionarlo... al menos una vez. Si lo asumimos conscientemente (lo hemos cuestionado), nada hay que decir, pero si lo asumimos sin pensar... entonces estamos limitados, porque lo dice la norma, o la creencia o la costumbre, o la cultura de la empresa desde hace no sé cuánto.

Esta reflexión fue desarrollada en profundidad por **Paul Watzlawick**¹, desde su perspectiva comunicacional: no tenemos acceso a la realidad, sólo a las explicaciones de la realidad que son -por supuesto- versiones.

El gato, por supuesto que tenía unos límites... pero diferentes. Era un pícaro, como Han Solo, Rhett Butler o el Rick de Casablanca. Al moverse en límites distintos a los "ortodoxos", sus acciones devienen una sorpresa, una novedad, una invención.

Si este análisis te lleva a reconsiderar un límite, a revisar tus restricciones, a buscar una nueva posibilidad que parecía imposible... ¡adelante! Y es que, amigo lector, a eso es a lo que llamamos progreso.

¹Watzlawick: Más información en www.colorado.edu/communication/meta-discourses/Theory/interaccional_view.htm